

[Cuaderno azul]

ERA UN INÚTIL

Jan Neruda

Horáček ya no estaba entre nosotros. Nadie lamentó su muerte a pesar de que todos le conocían en la Kleinseite. En la Kleinseite, los vecinos se conocen muy bien, precisamente porque no conocen a nadie más. Cuando Horáček murió, se decían entre ellos que era bueno que estuviese muerto porque así su madre se ahorraría mucho sufrimiento, ya que Horáček era un inútil. Murió de repente, a los veinticinco años; así lo decía el registro funerario. Sobre su carácter, dicho registro no daba información; ahí no habían anotado nada porque, a saber -como comentaba muy chistosamente el boticario-, un inútil no tiene ningún carácter. ¡Claro que si hubiera muerto el señor boticario!... El cuerpo de Horáček fue sacado de la capilla ardiente junto con otros muertos. «Así como es la vida, así también es el final», dijo el señor boticario en la farmacia. Tras el muerto desfilaba un pequeño grupo de mendigos más o menos endomingados, por lo que resultaban todavía más llamativos. Sólo dos personas pertenecían al cortejo de Horáček: su vieja madre y un hombre joven, vestido de manera muy elegante, que la acompañaba. Estaba completamente pálido, su paso era inseguro y tembloroso, de tanto en tanto parecía sacudido por la fiebre. Los habitantes de la Kleinseite prestaban escasa atención a la madre, lo que al fin y al cabo era un alivio para ella, y si lloraba, sólo lo hacía como madre y quién sabe si de alegría; el joven provenía muy probablemente de otra parte de la ciudad, pues no le conocía nadie. « ¡Pobre, si él mismo necesita dónde apoyarse. Seguro que está aquí por la Horácková. ¿Cómo? ¿Su amigo? ¡Qué!, ¿quién iba a declararse simpatizante de alguien proscrito por todos? Y, además, su hijo, Horáček, no tuvo amigos ni siquiera de joven. ¡Fue siempre un inútil! ¡Pobre madre!»

Por el camino, la madre iba llorando con un sentimiento que ablandaba el corazón; al joven le rodaban las lágrimas por las mejillas, a pesar de que Horáček hubiese sido un joven inútil.

Los padres de Horáček tenían un colmado. No les iba mal, pues en general a los tenderos suele irles bien, y en especial si tienen la tienda en un lugar donde vive mucha gente pobre.

En un sitio así, el tendero ve entrar el dinero lentamente en la caja, corona a corona y céntimo a céntimo -por madera, mantequilla y manteca-, sobre todo cuando, además, tiene que añadir una pizca de sal o de comino; pero, a cambio, siempre entra dinero, aunque sea poco a poco, e incluso las deudas de dos céntimos se pagan religiosamente.

La Horácková tenía sus benefactoras, mujeres de funcionarios que alababan su exquisita mantequilla. Compraban mucha y pagaban casi siempre el primero de mes.

El hijo de los tenderos, Franz, tenía ya casi tres años y todavía llevaba vestidos de niña. Las vecinas decían que era un niño feo. Los hijos de las vecinas eran casi todos mayores, y Franz rara vez se atrevía a jugar con ellos. Una vez, en la calle, los niños se burlaron de un judío.

Franz estaba con ellos, pero no se metió con él; el judío empezó a correr tras los chicos, enganchó a Franz, el cual no albergaba la menor intención de salir corriendo y se lo llevó entre insultos hasta donde se hallaban sus padres. Las vecinas estaban atónitas de ver lo inútil que era ya el pequeño Franz.

Su madre se alarmó y consultó con su marido.

- No le voy a pegar. En casa, con los niños, se volvería aún más salvaje, y tampoco podemos cuidar de él, así que lo enviaremos a la guardería.

Le pusieron pantalones, y Franz tuvo que ir, llorando, a la escuela. Allí pasó dos años. El primer año recibió un croissant en recompensa por su conducta tranquila; el segundo año habría obtenido una estampita en el examen anual... si se hubiese presentado.

El día antes del examen se fue a casa al mediodía. Tenía que pasar por delante de donde vivía un rico terrateniente. Ante la casa, en una calle bastante tranquila, acostumbraban revolotear las aves, y Franz se quedaba a menudo embelesado con ellas. Aquel día paseaban por allí algunos pavos que Franz no había visto en su vida. Lleno de entusiasmo, se detuvo a contemplarlos. No transcurrió mucho tiempo y ya estaba de cuclillas entre los pavos manteniendo importantes conversaciones con ellos. Se olvidó de la comida y de la escuela, y cuando por la tarde los niños se chivaron al maestro y le contaron que Franz estaba jugando con los pavos en lugar de ir a la escuela, el profesor mandó a la asistenta que fuera a buscarlo.

Franz sacó un cero en el examen y el señor maestro le dijo a la madre que debía ser más severa con él, que el niño era un verdadero inútil.

Y, en efecto, ¡Franz era un verdadero inútil! En la escuela, religiosa, se sentaba junto al hijito del señor inspector y acostumbraba volver a casa con él cogidos de la mano. Y casi siempre jugaban en casa del inspector. A Franz le estaba permitido acunar al más pequeño, y a cambio le daban café en una taza blanca para merendar. El hijito del señor inspector iba siempre muy bien vestido y solía llevar una golilla blanca almidonada. Franz llevaba un traje que, si bien limpio, estaba bastante remendado; por lo demás, no se percataba de que no iba vestido como el hijo del inspector.

Una vez, después de terminar la clase, el maestro detuvo a ambos jóvenes, dio unos golpecitos suaves al hijo del señor inspector en la mejilla y dijo:

- ¿Ves, Konrad, como eres un buen chico? ¡Siempre mantienes blanca la golilla! ¡Dale a tu señor papá mis mejores saludos!

- Sí -contestó Franz.

- ¡Contigo no hablo, mocoso remendado!

Franz no comprendió en aquel momento por qué el señor maestro no podía saludar a sus padres a causa de los remiendos; pero, sospechó una cierta diferencia entre él y el hijo del señor inspector y le sacudió bien sacudido. Le echaron de la escuela por inútil e incorregible.

Sus padres lo enviaron a la escuela alemana. Franz no entendía apenas una palabra de alemán y, en consecuencia, hizo escasos progresos en las ciencias. Los profesores le tenían por un haragán descuidado a pesar de que él se esforzaba bastante, y también por un maledudado, porque siempre se ponía a salvo cuando le provocaban los jóvenes y no se podía defender en alemán de sus pendencias. A cada instante cometía extrañas faltas en alemán, lo que, por añadidura, les daba ocasión para sus burlas. Una vez llegó a la escuela, y llevaba en la gorra,

redonda como un pastel, una visera de un dedo de grosor y toda tesa hacia arriba. Para sus compañeros de clase, eso supuso un gran divertimento.

Para obtener esa gorra había ido su padre a propósito hasta el caso antiguo para buscarle algo especial.

- Así, por lo menos, no romperás la visera y estarás protegido del sol -le dijo mientras le cosía la visera.

Y Franz creyó de veras que llevaba algo especialmente bonito y se fue orgulloso hacia la escuela. Unas risas que parecían no tener fin le saludaron. Los chicos daban saltitos alrededor de él, y como su visera parecía un tablón entre listones al lado de las viseras de los demás, le llamaron «rey de los tablones». Franz le dio con el tablón en las narices a uno de los burladores; a cambio recibió una reprimenda por su conducta, y le costó lo suyo que le admitieran en la escuela elemental.

Sus padres se esforzaban todo lo que podían por hacer algo de su hijito, para que el chico pudiera ganarse el pan más adelante sin tanta dificultad como ellos. El maestro y los vecinos les sacaron tal idea de la cabeza e hicieron la observación de que el joven no estaba dotado en absoluto y que era un inútil.

También entre los vecinos tenía esa mala fama. Tenía mala suerte sobre todo con ellos, si bien no hacía más trastadas que sus hijos, al contrario. Siempre que jugaba a pelota en la calle, la pelota volaba directa a la ventana -precisamente abierta- de algún vecino, y cuando jugaba en la galería con sus compañeros a ver quién lanzaba la gorra más alto, siempre había de romper la lamparita que estaba bajo la cruz, por más que pusiese todo el cuidado del mundo.

Franz, llamado ya Horáček, llegó a la escuela secundaria. No puede decirse precisamente que se dedicara con especial ahínco al estudio, pues ya le resultó bastante antipático en la escuela alemana, y su proceso general sólo dio para que a duras penas le pasaran año tras año de clase; en cambio, Horáček aprendió muchas cosas que no pertenecían en sentido estricto al ámbito escolar. Leía con verdadera aplicación todo lo que caía en sus manos, y muy pronto se hizo con unos sólidos conocimientos de literatura extranjera. Consiguió en poco tiempo un estilo pulido en alemán, la única matrícula que se le concedió en todos los años de bachillerato. Sus redacciones contenían ideas nuevas y giros brillantes. Su maestro llegó a sostener una vez que su estilo era tan florido, que casi se asemejaba al de Herder. Los profesores lo tuvieron en cuenta y, si no lo hacía tan bien con otras asignaturas, solían decir que tenía un gran talento, pero que era un inútil. A pesar de todo, tampoco se sentían llamados a echar a perder su talento y Horáček pasó también el último examen, el decisivo.

Empezó a estudiar derecho porque estaba de moda y porque el padre quería que se hiciese funcionario. Así que Horáček tuvo todavía más tiempo para leer y, como por la misma época se enamoró felizmente, también empezó a escribir. Sus primeros ensayos salieron publicados en revistas, y toda la Kleinseite estaba enormemente indignada de que se hubiera convertido en literato, escribiera en periódicos y, por si fuera poco, además en lengua checa.

Le profetizaron un descenso en picado, y cuando su padre murió poco tiempo después, todos afirmaron con seguridad que había sido la aflicción a causa del inútil de su hijo lo que le había llevado a la muerte.

La madre dejó el colmado. Al cabo de poco tiempo ya le iba muy mal, y Horáček tuvo que mirar de ganar algún dinero. Habría buscado gustoso un trabajo, pero eso era algo que no podía decidir inmediatamente. No había perdido del todo las ganas de seguir estudiando, si bien la

carrera de derecho le resultaba una bazofia de difícil aceptación, y sólo iba a la facultad cuando se aburría. El gran impedimento, sin embargo, era su amor. Una bella muchacha, realmente cariñosa, estaba encendida de amor por él, y tampoco sus padres la obligaban a decidirse por ningún otro, a pesar de que le presentaban suficientes pretendientes. La muchacha quería esperar a Horáček hasta que pasara el examen y obtuviese con él un puesto decente. El empleo que le habían ofrecido a Horáček traía consigo un sueldo inmediato, pero sin expectativas para el futuro. Horáček comprendió bien que, a su lado, la muchacha no tendría un futuro próspero, y a la miseria tampoco quería entregarla. Creyó que estaba menos enamorado de ella de lo que en realidad estaba, y tomó la decisión de decirle adiós. Sin embargo, no tenía corazón para hacerlo de forma abierta: quería ser repudiado, arrojado; tal era el inconsciente anhelo de regocijarse en un sufrimiento inmerecido. Pronto se le ocurrió la manera. Cambiando su letra, escribió una carta anónima contando las cosas más insultantes sobre él mismo y la envió a los padres de la novia. La hijita no creyó al denunciante. Pero el padre era más precavido, preguntó entre los vecinos de Horáček y ellos le informaron de que el muchacho era un inútil desde la infancia. Cuando Horáček fue de visita unos días más tarde, la muchacha salió llorando de la habitación y él fue despedido de la casa de manera cortés.

La muchacha se casó poco después, y por toda la Kleinseite se extendió el rumor de que habían echado a Horáček de la casa a causa de su inutilidad.

Fue entonces cuando a Horáček se le rompió el corazón, pues había perdido a la única persona que le amaba, sin poder ignorar su propia culpa en todo ello.

Perdió su presencia de ánimo, el nuevo oficio se le volvió detestable, se moría de pesar y se consumía abiertamente. A sus vecinos no les extrañaba nada todo eso, ya que no era -decían- sino la consecuencia de una vida llevada tan a la ligera.

Su nueva ocupación le obligaba a estar en un despacho privado. A pesar de su aversión, trabajaba con ahínco, y su superior pronto le depositó toda su confianza; cuando había que transportar dinero, se lo confiaba a él. Horáček también tuvo ocasión de mostrarse agradecido con el hijo del jefe. Una vez, éste le esperó a la salida.

- Señor Horáček, si usted no me ayuda, no tendré más remedio que arrojarme al agua, y, por escapar a mi propia vergüenza, sere una vergüenza para mi padre. Tengo deudas que debo pagar hoy a toda costa, pero no recibiré mi dinero hasta pasado mañana, y ahora me encuentro perdido. Usted lleva dinero para mi tío; confíemelo de forma provisional; pasado mañana lo repondré. ¡Mi tío no le preguntará a mi padre por el dinero!

Pero el tío sí que preguntó, y al día siguiente se leía en el periódico: «Ruego a todos aquellos relacionados con mi empresa no le confíen ningún dinero a F. Horáček. Le he despedido sin previo aviso, por deslealtad.»

Ni siquiera la noticia de que otro barrio de la ciudad ardía en llamas habría despertado tanto interés entre los habitantes de la Kleinseite.

Horáček no delató al hijo del señor director: se fue a su casa, y, pretextando dolor de cabeza, se acostó.

El médico del distrito, a la hora de costumbre y claramente sumido en sus pensamientos, fue unos días más tarde a la farmacia.

- ¿Así que el inútil se ha muerto? -preguntó sonriendo el señor boticario.

- ¿Horáček? ¡Pues sí!

- ¿Y de qué ha muerto?
- ¡Bah? Por mí, diré que de un ataque al corazón.
- ¡Vaya! Menos mal que no ha dejado deudas de medicamentos, ese inútil.

[Escenas y arabescos, traducción de Virginia Pérez para Juventud]



Tijeretazos [Postriziny] Una revista de literatura y cine
tijeretazos@inicia.es tijeretazos.iespana.es